Imprimir

El presidente colombiano Gustavo Petro condenó la semana pasada ante las Naciones Unidas las violaciones de derechos humanos de Donald Trump y el genocidio israelí. En respuesta, el Departamento de Estado de Estados Unidos le revocó la visa.
El Departamento de Estado de EE. UU. publicó un tuit el viernes por la noche en el que declaraba sus planes de revocar la visa del presidente colombiano Gustavo Petro debido a sus “acciones imprudentes e incendiarias” en su visita a la ciudad de Nueva York durante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Las acciones en cuestión fueron acompañar al cantante de Pink Floyd, Roger Waters, a una protesta en solidaridad con Palestina frente a la ONU y hablar en la manifestación. Petro no se anduvo con rodeos, afirmando que “la historia de la humanidad nos ha demostrado a lo largo de milenios que cuando termina la diplomacia, debemos pasar a una etapa diferente de lucha. Lo que está sucediendo en Gaza es un genocidio. No hay necesidad de llamarlo de otra manera. Su objetivo es eliminar al pueblo palestino”. También hizo un llamado a “los soldados del ejército de Estados Unidos a no apuntar con sus armas a la gente” y a “desobedecer las órdenes de Trump, obedecer las órdenes de la humanidad”.

La breve intervención colocó a Petro en el mismo club que el autor colombiano y Premio Nobel Gabriel García Márquez, a quien también se le revocó la visa en 1984 debido a su apoyo a los movimientos de liberación en América Latina. Sin embargo, para un jefe de estado en funciones, la acción es extremadamente inusual. (Los dos posibles precedentes también involucran a Palestina y Colombia: la cancelación de la visa de Mahmud Abás, de la Autoridad Palestina, justo antes de la asamblea de este año y la revocación de la visa del presidente colombiano Ernesto Samper durante la administración Clinton, después de que se descubriera que miembros de su campaña habían aceptado contribuciones del Cártel de Cali). Incluso líderes que se han opuesto vehementemente a la política exterior imperialista estadounidense, como Hugo Chávez, Fidel Castro y Muamar el Gadafi, nunca recibieron el mismo trato y se les permitió participar en la Asamblea General de la ONU y relacionarse con simpatizantes en Estados Unidos.

La represalia debilita el derecho internacional y la viabilidad de futuras Asambleas Generales

en Nueva York, lo que genera dudas sobre si Estados Unidos es el mejor lugar para albergar la institución diplomática más importante del mundo. Petro no se inmutó ante la medida y respondió rápidamente con una serie de tuits en los que afirmaba que no le importaba y que no necesitaba visa para viajar a Ibagué, ciudad colombiana donde tenía previsto hablar en un evento.

La guerra silenciosa de Trump contra Colombia

Los ataques de Donald Trump contra Gustavo Petro no son nada nuevo. Petro incluso fue blanco de la ira de Trump antes de convertirse en presidente de Colombia. Durante su campaña de 2020, Trump mencionó a Petro por su nombre en un mitin en Florida criticó a Joe Biden por recibir el respaldo de Petro, enfatizó su pasado como guerrillero y se refirió a él como un “tipo malo”. El fantasma de Petro y el acuerdo de paz colombiano de 2016 formaron partes fundamentales del acercamiento de Trump a los votantes colombianos en el sur de Florida, así como al discurso de republicanos latinos de extrema derecha como María Elvira Salazar. Cinco años después, Trump ve a Petro no solo como un fantasma, sino como una amenaza a su hegemonía, ya que Petro se niega a permanecer en silencio ante el acoso de Trump y sus violaciones de derechos humanos en el país y en el extranjero.

La renuencia del presidente Petro a dejarse intimidar por Trump lo convirtió en blanco de críticas en enero, cuando se negó a aceptar deportados encadenados y envió el avión presidencial para regresarlos a Colombia. Muchos medios corporativos de América Latina tildaron a Petro de terco, pero ha demostrado ser capaz de obtener concesiones de Trump aprovechando la privilegiada posición geopolítica de Colombia.

En los meses siguientes, el líder colombiano se abocó al diálogo y en marzo incluso invitó a la secretaria de Seguridad Nacional de Trump, Kristi Noem, a la Casa de Nariño, el palacio presidencial colombiano. En la reunión, ambos expresaron sus profundos desacuerdos en materia de seguridad y derechos humanos, pero acordaron seguir cooperando en temas de importancia para ambos países, como el narcotráfico y la migración. A pesar de lo que parecía una reunión positiva entre ambas delegaciones, una semana después Noem atacó al

gobierno colombiano durante una entrevista en el canal de cable de derecha Newsmax. En la entrevista, afirmó que Petro dedicó gran parte de la reunión a criticar a la administración Trump y se refirió a los miembros del cártel como sus amigos. Las descabelladas afirmaciones fueron rápidamente refutadas por el gobierno colombiano, y Petro aclaró que había mencionado el papel que el embargo estadounidense contra Venezuela ha desempeñado en el crecimiento de la organización criminal Tren de Aragua y la necesidad de que los gobiernos aborden las causas estructurales de la delincuencia.

Al mismo tiempo, al desmantelar la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), la administración Trump también socavó indirectamente muchas de las iniciativas que el gobierno colombiano y las organizaciones de la sociedad civil estaban llevando a cabo para implementar el acuerdo de paz de 2016 y abordar las causas profundas de la violencia. Si bien USAID tiene innegables raíces en la política exterior imperialista de Estados Unidos, muchas naciones del Sur Global se habían vuelto dependientes de sus recursos, incluidas las agencias del gobierno colombiano, uno de los mayores receptores de ayuda. A pesar de esto, Petro agradeció a Trump por hacer que Colombia fuera menos dependiente de Estados Unidos y afirmó que el gobierno de otro país no debería pagar los salarios de los funcionarios colombianos. No obstante, los recortes a la ayuda asestaron un duro golpe a los esfuerzos por poner fin a la violencia que rodea a la industria ilícita de las drogas en Colombia.

La administración Trump puso lo que podría haber sido el punto final a las relaciones diplomáticas entre ambos países al anunciar la descertificación de Colombia para la cooperación antinarcóticos a principios de mes, algo que no ocurría desde la década de 1990, durante el escándalo financiero del Proceso 8000 en torno a la campaña del presidente Samper. La descertificación significa que Colombia probablemente sufrirá más recortes de ayuda. También podría perder el acceso a préstamos y estar sujeta a sanciones y restricciones de visado.

La administración Trump está tomando estas medidas punitivas incluso cuando las incautaciones de cocaína y la destrucción de las instalaciones de procesamiento han

aumentado drásticamente durante la presidencia de Petro, a menudo para disgusto de los defensores de la despenalización y la legalización. En respuesta, el gobierno de Petro anunció que dejaría de comprar armas de los Estados Unidos y, en su lugar, las fabricaría en Colombia. Sin embargo, las sanciones de la administración Trump tienen mucho que ver con las críticas vocales de Petro a los asesinatos de presuntos narcotraficantes por parte de Estados Unidos en pequeñas embarcaciones en aguas internacionales en el Caribe y la guerra de Washington contra el ficticio Cártel de los Soles. También llegan justo a tiempo para las elecciones de Colombia, donde el partido del expresidente de extrema derecha y aliado de Trump, Álvaro Uribe, busca regresar al poder.

El líder que necesitamos

Fue en medio de meses de sabotaje por parte de la administración Trump y ante la posibilidad de una desastrosa invasión estadounidense a la vecina Venezuela, que el presidente Petro compareció ante la Asamblea General de la ONU la semana pasada. En su discurso, Petro se mostró dispuesto a plantar cara a las políticas imperialistas de Trump y Benjamín Netanyahu, sin importar el coste geopolítico de la resistencia.

El presidente Petro no se anduvo con rodeos y denunció la clara violación del derecho internacional por parte del gobierno estadounidense en el Caribe semanas antes. “Los jóvenes asesinados con misiles en el Caribe no formaban parte del Tren de Aragua”, declaró. “Nadie sabe sus nombres, y nunca los sabrá. Eran caribeños, posiblemente colombianos”. Exigió a la ONU que juzgue a los responsables del asesinato, incluido quien dio la orden del ataque: el presidente Trump.

Petro también aprovechó su discurso para destacar la hipocresía de la administración Trump en la “guerra contra las drogas”, afirmando que fue durante el primer mandato de Trump, durante el gobierno del anterior presidente colombiano, Iván Duque, cuando el narcotráfico se disparó. Le recordó a Trump que quienes realmente se beneficiaban del narcotráfico eran sus vecinos de Florida y los republicanos latinos que lo asesoraban en política exterior en Latinoamérica, no los campesinos pobres de Colombia. También expresó sin rodeos que la

guerra contra las drogas no busca impedir la entrada de cocaína a Estados Unidos, sino "dominar a los pueblos del Sur Global".

Petro propuso un nuevo camino para el mundo basado en la paz y la lucha contra el desastre climático, instando a otros líderes a avanzar hacia las energías renovables. También destacó la importancia de construir una paz duradera, algo que, según él, ha sido ignorado por la ONU, y propuso la creación de una fuerza de paz capaz de detener el genocidio en Gaza y liberar los territorios palestinos de la ocupación ilegal. Concluyó su discurso afirmando que era hora de "libertad o muerte" y que "la libertad es posible a través del corazón humano, la capacidad de unirse, rebelarse y existir".

Al igual que los discursos de Ernesto "Che" Guevara y Hugo Chávez ante la Asamblea General, el de Petro pasará a la historia como una declaración crucial en la lucha contra el imperialismo estadounidense. Además, el hecho de que poco después saliera a las calles junto con la gente común para exigir la liberación de Palestina y el fin de las políticas autoritarias de Trump en Estados Unidos y en el extranjero demuestra por qué Petro es una voz crucial para la izquierda global en este momento.

Pocos líderes contemporáneos han adoptado una postura tan firme contra Trump, sin importar las consecuencias y a pesar de lo que a veces puede parecer una adversidad insalvable. Si bien su mandato termina el próximo agosto, Petro se ha convertido no solo en la representación del pueblo colombiano, sino también en una voz valiente de la izquierda política, que busca un nuevo camino hacia la liberación colectiva ante la amenaza existencial de la derecha autoritaria.

Cruz Bonlarron Martínez, escritor independiente y fue becario Fulbright en Colombia entre 2021 y 2022. Sus escritos sobre política, derechos humanos y cultura en América Latina y la diáspora latinoamericana han aparecido en diversas publicaciones estadounidenses e internacionales.

Fuente: Revista Jacobin Octubre 2 de 2025.

Foto tomada de: Diario de Yucatán